Ideas para una filosofía de la **historia** de Tortosa



Por
FRANCISCO CLIMENT FERRE

Exhumamos un trabajo, que fue presentado y premiado en el primer concurso literario concedido en Tortosa después de la guerra, el año 1940. El darle publicidad, lo traemos aquí —y rogamos que el lector así lo considere— como una muestra de una época, entonces joven, con los defectos y ambiciones de la edad, y de una mentalización específica. Si unos lo, en momentos en que nos urgen afanes de reconstrucción material y renacimiento cultural y espiritual de nuestra querida ciudad.



Deseo exponer unas divagaciones, ideas sueltas y desbilvanadas sobre la filosofía de la Historia de Tortosa. Y exagerado y pretencioso intento el mío, lo reconozco, si no confesase paladinamente que son unos simples escarceos, acaso proyecto de afirmar los débiles pasos en un terreno tan poco trillado y jalonado.

La Historia ya ha mucho que dejó de ser un inanimado ejercicio mnemotécnico, una sucinta y esquelética exposición de los hechos, engarzada, como en base de sustentación y continuidad, en la sucesión de los tiempos. Resultaronle de agobiadora estrechez sus limitados cauces y adentróse con fortuna en los campos de la ciencia y del arte. La filosofía, sea amplia e inquieta actividad investigadora del espíritu humano, insaciable y afanosa búsqueda de la verdad, tendióle uno de sus múltiples brazos y adquirió tan marcado desarrollo que ya puede hoy hablarse de la filosofía histórica. Porque la Historia, en su incesante progresivo caminar, llegó a ser maestra de la vida; y esta posesión y consiguiente deducción de las enseñanzas de los pretéritos acaecidos en orden a la actuación de las posteriores generaciones, ya puede encasillarse en el moderno concepto de la Filosofía de la Historia.

La filosofía de la historia de España inició la con la aportación de los más granados frutos de su rico acervo ideológico, el malogrado Dr. García Morente, celoso sacerdote y catedrático competentísimo.[1]

En sus enseñanzas he intentado basarme; y lo confieso sin rubor, porque no he pretendido ser un mero plagiario, sino que he procurado asimilar y amoldar su clara doctrina aplicándola a la historia de nuestra ciudad.

Que el logro sea acabado, no soy yo el que ha de discriminarlo.

Cito, además, la filosofía de la historia de España, porque la de nuestra Tortosa está indefectiblemente conjuntada a la de la nación, por el hecho inconcuso de que con la Madre España formamos un todo indivisible y porque su vasto suelo fue y será el general escenario de todos sus aconteceres.

* * *

Sentemos, como base de partida, la existencia en el hombre, ser racional y social, entre la diversidad de elementos que lo constituyen, el que lo relaciona con sus semejantes. Y este trato y relación con los demás hombres tiene un marco ensanchado, que es el suelo de la Patria, y otro más reducido, el de los cotidianos roces; en nuestro caso concreto, la ciudad donde vivimos: Tortosa.

No es sólo un tópico o lugar común. Todas nuestras actividades en Tortosa se desarrollan y de nuestras actividades y de las de nuestros mayores recibió y recibe la ciudad su continuidad histórica.

(1) Su obrita «El caballero cristiano». - Su discurso de la apertura del curso académico 1942-43.

De este evidente hecho, que todos conocemos y admitimos, se derivan nuestro local patriotismo, las obligaciones que para con nuestra ciudad tenemos, la normativa influencia que en nuestro modo de ser y obrar ejerce nuestra calidad de hijos de la ciudad de Tortosa.

Lo que para un tortosino consciente no basta; porque hay que añadir un perfecto conocimiento de lo que Tortosa es. Esencia, no precisamente enmarcada en la actualidad del hoy temporal; sino lo que Tortosa ha sido. Que su historia, como todas, se nutre de un pasado, se integra en un presente y se enfoca cara un porvenir. Siendo, la tradición, la trabazón de estos mutuamente complementarios elementos.

Ahora bien, porque rechazamos la concepción materialista de la vida, hemos de admitir en la historia un elevado carácter de espiritualidad; que siempre, por encima de las obras de los hombres, salvo igualmente el don imprescriptible de su libertad, actúa, oculta, la mano de Dios; por lo que hemos de pretender investigar, sobre la mecánica sucesión de los hechos y la materialidad de sus acaecimientos en diferentes épocas, desentrañando el íntimo sentido que los informa.

Que es, justamente, lo que se ha venido en llamar la Filosofía de la Historia.

* * *

La Historia, en su moderna perfección, ofrece tres variados aspectos:

a) la situación exacta de los hechos, tarea de científica investigación;

b) la exposición del desarrollo e ilación de los mismos entre sí, competencia artística del narrador, y

c) la extracción de su sentido, la configuración y extracción de su resultante personalidad, labor de la antedicha filosofía.

Porque a la luz de los hechos ciertos y en vista de su sucesivo desarrollo, va adquiriendo la entidad historiada (nacionalidad, pueblo...) una quasi-personalidad que la caracteriza y la define específicamente.

Un intento, pues, de Filosofía de la Historia de Tortosa será el afán de perfilar y situar esa personalidad que la caracteriza y cuya biografía (siguiendo el símil) es su Historia.

* * *

Una ciudad que vive con nosotros y que antes vivió también con los que nos precedieron.

Y volvemos al punto de partida. Estamos vinculados a los demás tortosinos, a los con quienes actualmente convivimos y a los que nos precedieron en el correr de los siglos.

Indirectamente con éstos, con aquéllos absoluta y plenamente en tareas de mutua correlación, todos, unos y otros, formamos el sujeto, siempre renovado, inmutable siempre, de la actividad histórica de la ciudad.

Al buscar, pues, la definición que mejor cuadre a nuestra Historia, hay que ir por un concepto que no quiebre esta indisoluble vinculación; más aún, que no la limite a una época determinada de posibles esplendores más acentuados; sino que abarque la totalidad de su correr histórico, sin olvidar la proyección hacia un futuro que nosotros no alcanzaremos, pero que los imprevisibles designios del Cielo pueden prolongar mucho más tiempo.

Hay que buscar algo así como la finalidad de la vida de una persona, como la tarea o empresa que aglutina las actividades de todas las épocas de la Historia y que sea como el norte y guía de todo su hacer.

Y que enraice, por ende, con el pasado, para posarse en el presente, encarado con el porvenir.

Concretando, pues, situando debidamente delimitada y contorneada esta personalidad, habremos hallado la materia prima que debe informar el estudio y conocimiento de la Filosofía de su Historia.

Y vuelve a surgir la infrangible conexión con la Madre Patria.

La fisonomía, el aire familiar deben ser los mismos, bien que algún rasgo característico nos diferencie y nos dé una particular entonación.

Y para la personalización de la Historia de España señala la competente autoridad del mencionado García Morente como signo ecuménico en lo español, cuanto se expresa en el moderno y sustantivo vocablo de «Hispanidad».

Hispanidad que, hecha símbolo e idea, es, por una parte, la eterna concepción hispana de la vida, informada de hondo espíritu religioso, y por otra la vocación del exterior, con más ansias evangelizadoras que de conquista; y hecha carne y hueso en el arquetipo del hombre español, puede materialmente representarse en la espiritualidad del «caballero cristiano». Con cuanto la caballería tenía de caballerosidad en el héroe cervantino y con cuanto tenían las órdenes aprobadas por la Iglesia de religioso.

Y es que lo religioso destaca con fulgores propios en la Historia de España. Religiosidad que no pugna con la idea de Patria terrenal y el servicio de las autoridades temporales. Ya es vieja la distinción que la divina sabiduría estableció de la concomitancia de los poderes y que es norma en que siempre se basó la cristiandad para vitar toda clase de fricciones: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios».

Por otra parte, es doctrina también de la propia Historia que jamás la Patria alcanzó más rutilantes esplendores como cuando remataba las empuñaduras de sus invencibles espadas y coronaba los estandartes de sus legiones siempre victoriosas, una cruz.

* * *

No voy a hacer un rebuscado juego de palabras sacando a colación un nuevo término: «Tortosinidad»; pero sí la idea madre que de él se deriva.

Sin un tan denso contenido como aquélla, con más modestas pretensiones y sin renegar de su genuina procedencia.

Nación de grandes destinos la que engendró la «Hispanidad», grandes son también los de nuestra ciudad de Tortosa.

Como parte integrante de aquel todo —hijuela de la Patria, como las demás por su suelo esparcidas— y por aquellas particulares características que le dan un modo de ser privativo.

* * *

No menciono la obra cumbre de nuestra Historia —entiéndase en su alcance descriptivo— porque aún está en vías de publicación. Pero un vistazo a los «Anales» del Dr. O'Callaghan nos hará ver en todos y cada uno de aquellos relatos, jalones de luz y de gloria que trazan nuestra órbita histórica, lo emparejados que siempre anduvieron la más profunda religiosidad y los esplendores de la vida de la población.

Las mismas páginas folklóricas, las «Espurnes de la llar» no pueden por menos que expresar con renovada frecuencia ese hondo espíritu que matiza de cristianas tonalidades, en la amplia y variada gama de manifestaciones del sentir religioso, toda la ensambladura de nuestro pasado patrio.

Inadmisible fusión la del espíritu de raza con el sentimiento de religión, desde que la prendiera en nuestro suelo la predicación jacobea.

Sin adentrarme en el coto cerrado de la depurada investigación, pero creyendo no apartarme excesivamente de la verdad histórica, voy a resumir en breve sinopsis el proceso evolutivo de su formación.

Un período, un largo período, de preparación. Desde el ocaso del romano imperio, pasando por la época visigótica y la dominación de los árabes, con el inicio de la patria reconquista, lento período de lucha de asimilación entre los elementos dispersos, provinientes de las diversas ocupaciones, y los elementos nativos, hasta desembocar en la integración de la base solariega, del fermento del pueblo típica y genuinamente tortosino, en la amplia comunidad del pueblo español.

Y entonces —años y más años— destacó la soberana influencia del cristianismo, que sublimó la identidad de sentimientos, fundiendo en ansias de una sola religión y un solo hogar patrio los anhelos del pueblo contra el común enemigo corporal y espiritual.

Y fue entonces cuando la personalidad de Tortosa, recién engendrada, tras laboriosa gestación, en este su grandiosa dual complejo, recibió el espaldarazo del Cielo, que en un orden de contenido eminentemente histórico —cual lo acabamos de reseñar— la incorporaba a la nacional misión de la «Hispanidad», confiriéndole, al propio tiempo, una específicativa distinción de carácter y sabor estrictamente local.

Fue un suceso memorable, que las angeles contemplaron con asombro y al que dieron todo el valor de su alto testimonio dos de los apóstoles más encumbrados.

La propia Virgen, descendiendo de su solio del Empíreo, quiso mostrar el agrado con que aceptaba la fe y veía el ser y obrar de Tortosa, confirmándolos con la celestial prenda del Sagrado Cíngulo de que iba ceñida, y fundiendo en él cuanto de grandeza puede caber en lo religioso y en lo histórico.

Este es, a mi modesto entender, el hecho base que conrecriona y da sus acusados perfiles a nuestra personalidad, sobre el que debe girar en lo que del genérico concepto de «Hispanidad» tiene, nuestra específicativa variante de «Tortosinidad».

Porque todos los requisitos anteriormente expuestos se cumplen en el vértice de todos los fastos de nuestra historia, al que se encaminaban cuantos lo precedieron y de cuya plenitud recibieron los que le habían de seguir en los tiempos, constituye un magnífico entronque con el pasado y una luminosa proyección frente al porvenir.

Y porque de él fluyen sabias y valiosas enseñanzas que orienten nuestro modo de ser y de actuar para lo sucesivo en concordante conformidad con la línea histórica que nos trazaron nuestros mayores y de que dan fe los recargados anales de nuestro pueblo.

* * *

Una personalidad que se dibuja y consolida en el correr de las épocas, para que las subsiguientes beban de sus aguas, demanda continuidad y fidelidad a la pauta trazada.

La Historia no se puede destruir en la materialidad de los hechos ya consumados. Pero puede, una generación, ser infiel y traidora a su pasado y al cometido de su sazón de dos maneras:

Con una peligrosa y suicida inercia: la de la vetusta Grecia, que se atascó en su progresiva marcha ascendente y fue absorbida por Roma.

Y con la no menos peligrosa y antihistórica revolución, la de la absoluta marcha atrás y el rompimiento completo con la Tradición.

Tradición no es un cerril, perenne encasillamiento en la torre marfilina de las grandezas de un pasado. Es evolución sobre una base inmutable, es mudar permaneciendo o persistir cambiando. Para su mejor inteligencia hay que tener en cuenta el desdoblamiento de la personalidad histórica en dos actuaciones: una permanente, que infunde la savia de su eterna vitalidad; y otra temporal, accidental, aconodada a las exigencias de las varias circunstancias que en cada caso pueden concurrir. De la armónica confluencia de entrambas fluye suavemente el curso sosegado y tranquilo de la Historia y las múltiples facetas que en cada ocasión puede brindar su única e inmanente personalidad.

* * *

Como corolario de cuanto expuesto queda, se sigue que:

Misión nuestra es, la de la generación actual, según el axiomático «nihil volitum quin praecognitum», para amar verdaderamente a nuestro pueblo, al que debemos amor cual se ama a la madre, conocer a fondo la íntima esencia, el más hondo sentido que entraña nuestra Historia.

Asimismo, una de nuestras primeras obligaciones es ser fieles a su alto contenido, que hemos de fomentar aplicando a los momentos presentes las enseñanzas que de un esplendoroso pasado, gloriosa herencia de nuestros mayores, se derivan. Y una de estas enseñanzas es que nuestra Historia se consolidó del brazo de la Religión. Y aliada, fundida con ella, adquirió esa relevante personalidad a cuyo rápido bosquejo acabamos de asistir.

* * *

Insisto, para terminar, no en plan de falsa modestia, sino por noble afán de justificación, en que no intenté, ni pude, más que exponer algunas ideas sueltas, divagaciones deshilachadas sobre un tema cuya objetiva belleza me cautivó.

Mucho resta aún por escribir sobre tan sugestiva materia, cuya virginidad apenas acabo de rozar. Quede la grata cuanto ardua tarea para plumas mejor cortadas, movidas por una inspiración más profunda y un más sólido saber.

Siembra al voleo, pues, la que he hecho, sin saber si acerté con la simiente; puede que entre la buena semilla, si alguna hubiera, haya lanzado otras, muchas más, inútiles o improcedentes, cuando no perniciosas.

En descargo del posible error, valga la buena voluntad que puse en mi

Font: biblioteca.tortosa.cat